

La abuela de los gatos

Ivett Peña-Azcona

El Colegio de la Frontera Sur

Es el año de 1967 en un pueblo llamado Juchitán de Zaragoza en la aromática Oaxaca en el sur de México. En el centro de esta población se encuentra la casa de mi abuela, es una casa chica y antigua hecha según la tradición, con adobe y techo de teja, lo que la hace diferente a todas las casas grandes que la rodean, pues eran de familias ricas. La casa tenía un patio tan amplio y yo lo veía tan grande que yendo de un lugar a otro yo sentía que viajaba a otro pueblo. El patio tenía piso de tierra en el que había árboles frutales, como un chicozapote y también un *guiechachi* con sus flores rosadas. Las gallinas andaban sueltas, los gatos se echaban descansado y acicalaban su cuerpo lamiéndolo con su larga lengua.

Mis abuelos eran los únicos campesinos de la cuadra en la que está ubicada la casa, los vecinos eran comerciantes, mercaderes y empresarios. Mi abuelo labraba la tierra y sembraba la milpa, mientras mi abuela vendía la cosecha. Los cultivos que trabajaban eran de maíz, calabaza, ajonjolí, tomate, camote, chile y frijol. Mi abuela, que era una mujer alta y morena con cabello rizado, casi siempre nos hablaba en zapoteco. Ella usaba una enagua amplia y un huipil de flores. En la casa siempre andaba descalza y cuando salía a sus diligencias se ponía sus huaraches cruzados de cuero con suela de llanta.

Es casi medio día y el sol está ardiente. Se escucha la voz de una mujer que grita: ¡Compras!, ¡cafué!, ¡cambio por gato! Yo, una niña de siete años portaba una diadema en mi cabeza y usaba una batita de color azul, tenía puestas un par de chanclitas de plástico en mis pies empolvados. Escuché el pregón mientras estaba sentada bajo la sombra

del árbol de chicozapote, jugaba con mis muñecas y unas calabazas pequeñas que tenían forma redondeada, como de pera. Mi abuelo me hacía mis muñecas con pedazos de leña que cortaba en su milpa y después las tallaba con su machete. Usaba las calabazas como si fueran otras muñecas y las acomodaba junto con aquéllas, en un merendero improvisado para darles de comer. Los platos eran pedazos de tejas y la comida eran olotes, hojas y piedras que encontraba en el patio de la casa.

La voz de la mujer se oía más cerca. Por un momento me quedé en silencio, mis muñecas enmudecieron —en mi imaginación hablaba con ellas— e hice callar a las gallinas que cacaraqueaban anunciando que habían puesto. Yo dejé de jugar por un momento y puse atención para entender con claridad lo que la mujer decía. Veía que se acercaba cada vez más al patio de la casa. Era una mujer delgada que iba descalza, vestía enagua de enredo, amarrado con un ceñidor en la cintura y portaba su huipil rojo. En su cabeza traía un pequeño rebozo enrollado en círculo, como si se tratase de una serpiente; a este arreglo nosotros le llamamos *rodete*, y sobre éste cargaba una lata metálica. Y seguía gritando: ¡compras!, ¡*cafué*!, ¡cambio por gato! Cuando mi abuela escuchó el pregón salió de la casa al encuentro con la mujer.

Ese día mi abuela dejó de desgranar su maíz, medio se amarró el cabello y se acercó a la mujer que entraba al patio. Mi abuela, le dijo: sí tengo gato. Yo me reía al escuchar cómo hablaba la mujer porque pensaba que en lugar de *cafué* debía decir café. Mi abuela me regañaba y me decía: —¡chamaca, cállate!, no te rías de esa señora.

—Yo replicaba: es que ella no sabe hablar. Ella respondía: —es que más bien hablan su dialecto.

La mujer se acercaba a mi abuela, bajaba la lata que cargaba en su cabeza y la abría quitándole una tapa para mostrarle lo que traía. Ella decía: es café bueno, mientras sacaba de la lata una *jícara de morro* con un poco de café dentro, las jícaras a veces eran redondas y otras veces, alargadas como un cucharón.

Mi abuela acercaba la jícara a su nariz para sentir el aroma del café, inclusive lo tocaba con sus dedos para sentir la textura del café molido, así se convencía de que era un buen café. Ella con su rostro alegre hablaba con la vendedora. Nunca entendí cómo lo hacía, pues mi abuela hablaba poco

el castellano y mejor el zapoteco. La mujer no hablaba zapoteco, era otra lengua y sabía poco castellano. Usaban pocas palabras, pero se entendían entre ellas con frases cortas: ¿cuánto es?, ¿a cómo?, ¿de dónde vienes?

Eran dos mujeres platicando y yo observando muy de cerca. Yo entendía el zapoteco porque mi abuela así me hablaba, pero yo sólo hablaba español. Ellas hacían el trato, mi abuela decía cuántas medidas de café quería y la mujer indicaba que quería gatos y que cambiaría su café con tal de llevárselos. Yo las observaba aunque no muy cerca porque me regañaría, pues siempre nos decía que no debíamos escuchar la plática de grandes. De repente, mi abuela con un grito me llamaba. ¡Hija, ven!, ¡llama a tu hermano y a tus primos! Yo, obediente, iba saltando y corriendo en su búsqueda, pues estaban al fondo del patio jugando canicas y trompo, y quién sabe que otros juegos. Corrimos juntos hacia donde estaba la abuela, quien nos dijo: Vayan a agarrar a los gatos que están en la *troje*. Mi abuela siempre tenía una *troje* llena de mazorca.

Llegamos corriendo a la *troje* en busca de los gatos; al vernos salieron corriendo hacia el montón de calabazas y después hacia los sacos de ajonjolí y de allí a la leña. Nosotros seguíamos detrás de ellos. Los gatos seguían huyendo y con tal de escabullirse entraron a la casa y se treparon al baúl de madera, al ropero o se escondían debajo de la cama. A mí me daba mucho miedo agarrar a los gatos, por eso iba por una enagua de mi abuela y se las aventaba como una red para atraparlos, aunque a veces se me escapaban. Mis primos y mi hermano gritaban: ¡Ahí está, ahí está!, ¡debajo de la mesa!, ¡arriba del baúl!, ¡entre la ropa!

Al cabo del tiempo uno a uno los íbamos atrapando. Aquéllos que lográbamos agarrar querían defenderse, maullaban y trataban de arañarnos, mientras los otros gatos seguían huyendo. Cuando atrapábamos alguno gritábamos, ¡corre, trae el saco de yute!, y ahí los metíamos. Mi abuela se acercaba a nosotros y amarraba la boca del costal para evitar que se nos escaparan. Nosotros, entre risas, gritos y saltos, pues los gatos a veces se deslizaban entre nuestros pies, íbamos en busca de más gatos.

Mientras tanto, mi abuela fue a la cocina, se acercó al fogón donde siempre había una olla de café caliente, así como un sartén de barro con frijoles cocidos y sirvió una taza de café para la señora. Del *ladedó* —canasta plana colgante para guardar la comida y protegerla de

los ratones— bajó unos totopos de maíz que ella misma había elaborado y los envolvió con una servilleta de manta; en un plato de barro sirvió un poco de frijol frito y un pedazo de queso seco. Mi abuela le dijo a la mujer: Anda, siéntate y échate un taco. Acercó a la mesa un molcajete con salsa de tomate y chile asado, y platicaban mientras la señora comía.

Nosotros seguíamos atrapando gatos, traíamos más y los echábamos en otro costal. Como también nosotros nos cansábamos por la persecución, le decíamos a mi abuela: Abuelita, ya no hay más gatos. Mi abuela se acercaba y nos decía en zapoteco, con voz gruesa como siempre hablaba, que siguiéramos buscando.

En una de esas agarramos una gata grande que pesaba mucho, recuerdo que era de color café y tenía una mancha negra que cubría uno de sus ojos. Contentos por haber atrapado a la gatota, se la llevamos a mi abuela. Mi hermano, el mayor de todos nosotros, muy emocionado la llevaba cargando. Al vernos venir hacia la cocina con nuestra captura, mi abuela presurosa fue a nuestro encuentro y nos dijo en voz baja: “Esa no porque está cargada y nos va a dar muchos gatitos”. Tristes y cansados la soltamos y la gata salió huyendo. Mi abuela nos mandó por otro gato más y así juntamos cuatro.

Como recompensa mi abuela nos dio un pedazo de camote cocido en agua y panela —que le daba el sabor dulce— que comimos muy contentos. Desde ahí observamos que mi abuela y la señora hicieron el trato. Mi abuela ponía el precio a sus gatos, que era de uno a dos pesos por gato, dependiendo del tamaño; la señora le pagaba con café y hacían el trueque. La señora dejaba encargado los sacos que resguardan los gatos y continuaba con su venta en las calles del pueblo.

Al atardecer mi abuelo llegaba de la milpa en su carreta de madera. Desde lejos se escuchaba que venía, pues las ruedas de la carreta hacen un ruidito al girar. Nosotros salíamos a alcanzarlo y emocionados nos subíamos con él, y al llegar a la casa lo ayudábamos a bajar lo que trajera.

Minutos más tarde, llegaba la mujer del café, cargando frutas o cosas que había cambiado. Decía mi abuela que ella también cambiaba su café por comida y a veces le pagaban con un poquito de dinero.

Algunas veces mi abuela le ofrecía quedarse en casa, pues el sol ya se estaba ocultando y ya no alcanzaría al tren que la llevaría de regreso a

su pueblo. La mujer aceptaba la invitación de mi abuela y acomodaba lo que traía. Mi abuela sacaba un petate y lo tendía en el piso del corredor de la casa; también le daba una almohada que ella misma había hecho con algodón de un árbol de *Pochota* que mi abuelo tenía en la milpa. Además, le prestaba una sábana para cubrirse, pues aunque es un pueblo caluroso, en la madrugada refresca mucho y la señora podría tener frío.

Mientras mi abuela acomodaba todo, y el café que cenaríamos estaba a punto de hervir en el fogón, yo me acercaba a la señora y le preguntaba: ¿Dónde vives? Ella me contestaba: En San Juan. Yo quería platicar con ella un rato más, pero la señora casi no hablaba. Tal vez no me entendía. —Le preguntaba: ¿tienes hijos?, ¿para qué quieres los gatos? Ella respondía: para cuidar mi casa. Mi abuela me decía que ya tomara el café y de ahí me fuera a dormir y que dejara descansar a la señora. Yo me iba a mi casa que estaba en el mismo patio de mi abuela.

Al día siguiente, al despertar, corría a la casa de mi abuela, quería ver a la mujer y saber si los gatos seguían en los costales. Para mi sorpresa la señora ya no estaba, se había ido muy temprano a su pueblo y ya no la podía ver.

Pasaba el tiempo y de repente, otra vez se escuchaba el grito de una mujer que cambiaba café por gato, yo al escuchar, ahora salía corriendo a ver quién era. Quería saber si era la misma mujer y qué pasó con nuestros gatos que se llevó. Quería saber si ya tenían gatitos y por qué otra vez quería más gatos.

Pero era otra mujer que también cambiaba café por gato. Mi abuela nuevamente dejaba lo que estaba haciendo, salía, olía el café, tocaba su textura y hacía un trato. A veces eran tres gatos, otras veces, cuatro; según el tamaño y cuántos pudiéramos atrapar, así como la cantidad de café que necesitaba. Mi abuela siempre tenía gatos. Unos eran chicos, otros eran grandes; los cuidaba y les daba de comer. Llegaba a tener de 10 a 12 gatos, entre hembras y machos. Eran de diferentes colores: cafés, blancos, negros, pintos, rayados, cremosos y algunos hasta parecían de color amarillo. A veces en las enaguas de mi abuela se colgaban los gatos chiquitos, quedaban prensados, como adornos en la enagua de la abuela. En ocasiones, cuando ella les daba de comer, los gatos la seguían como si la quisieran mucho.

Nosotros ya sabíamos que cuando una mujer gritaba que cambiaba café, era el momento de atrapar los gatos. Yo siempre quería saber para qué se llevaban los gatos de la abuela. Qué pasaba con ellos, qué les hacían, cómo era el pueblo de ellas, pues, aunque mi abuela quería a sus gatos los cambiaba para que nosotros tuviéramos siempre una olla de café caliente que pudiéramos tomar, ya sea con camote o con calabaza cocida.

Hoy tengo 58 años, estoy sentada en mi *butaca*, en el patio de mi casa, veo pasar en el tejado a un gato maullando. Los recuerdos llegan a mi mente. Mi rostro está marcado por las líneas del tiempo, mis cabellos tienen hilos de plata. Mientras el gato camina en el tejado me pregunto cómo fue posible que los gatos de mi abuela y el café hayan unido a estas tres mujeres que no hablábamos la misma lengua.

*A la abuela Antonina Paz Pérez
y Heleo Azcona Cabrera.*